

EN LOS MÁRGENES DE LA CIUDAD

SARA VÁZQUEZ

En los márgenes de la ciudad, la movilidad del cuidado pone de manifiesto desigualdades invisibles. Fuera del urbano centralizado, vivir en un contexto periurbano o rural supone una doble discriminación: por género y por territorio. Este artículo sitúa la mirada en quienes cuidan desde los márgenes para comprender cómo el contexto territorial condiciona la movilidad, amplifica las desigualdades y limita la autonomía, y cómo la planificación urbana debe repensarse para construir realidades territoriales más justas.

Afortunadamente, ya no es novedoso hablar de la discriminación de género en el espacio público, y el término movilidad del cuidado, entendido como la movilidad cotidiana necesaria para el sostenimiento de la vida, comienza a aparecer cada vez más en los estudios urbanos y territoriales. El estudio de esta movilidad, que se aleja de la movilidad hegemónica y patriarcal que ha estructurado durante siglos nuestros entornos, supone una revisión en la que se coloca en el eje central el trabajo invisibilizado de los cuidados y, por tanto, en todas las personas que los realizan, en su amplia mayoría mujeres.

Sin embargo, cuando acudimos a esta reivindicación justa y necesaria solemos hacerlo desde una perspectiva ya de por sí desigual: la que se obtiene al ponerse las gafas urbanocéntricas en la comprensión de cómo se construye la vida cotidiana sin tener en cuenta el contexto territorial. Más allá

de lo urbano, que es lo más ampliamente estudiado, quedan otras formas de construir el territorio que acogen distintas maneras de habitar, muchas veces más frágiles e invisibles. Así, vivir en los márgenes del tejido consolidado, ya sea en un contexto rural o periférico, parece suponer una doble discriminación para una parte de la población que ya está invisibilizada en los entornos urbanos.

Cuidar en un territorio disperso

Cuidar implica moverse y, en un territorio disperso, cuidar cuesta más. En los barrios periurbanos, los servicios están más lejos, el transporte público es menos frecuente y las alternativas son escasas. Lo que en un barrio céntrico puede resolverse con un recorrido corto, en la periferia se convierte en una cadena de desplazamientos largos, rígidos y poco conciliables con el resto de la vida cotidiana. Además, esta sobrecarga de tareas de cuidado no se reparte de forma equitativa, siendo las mujeres quienes asumimos la mayoría de los despla-



Reapropiación informal del espacio público que evidencia las carencias en los equipamientos de cuidado. Amsterdam, 2025. Foto: Sara Vázquez.

zamientos vinculados a ellas, tanto en contextos urbanos como periurbanos. No obstante, en estos últimos la carga se intensifica: más tiempo invertido, menor margen de elección y mayor dependencia de redes familiares o informales. Todos estos factores hacen que la movilidad deje de ser una herramienta de autonomía para transformarse en una fuente constante de desgaste.

En este marco, se realizó un estudio comparativo de los barrios de Eirís (barrio periférico) y Montealto (barrio céntrico) de la ciudad de A Coruña. El análisis de los datos que definen el patrón de movilidad de género entre parejas heteronormativas, tanto en ámbitos urbanos como periurbanos, pone en evidencia que las tareas de cuidado siguen repartiéndose de forma asimétrica entre hombres y mujeres. Si separamos, por una parte, las tareas de acompañamiento de las tareas ligadas a la gestión del hogar, los datos muestran que las mujeres realizan en mayor medida ambas, mientras que los hombres se ocupan más de las primeras y delegan en las mujeres las de gestión (asociadas a una mayor carga mental). No obstante, en el caso de los contextos periurbanos, es destaca-

ble la mayor dependencia de las redes de cuidado, quizá debido a un menor poder adquisitivo y a una menor proximidad de los servicios. Asimismo, los propósitos de desplazamiento también hablan del territorio: en los barrios periurbanos dominan los viajes ligados a las necesidades básicas (educación, salud o compra de alimentos), mientras que en los céntricos son más frecuentes los desplazamientos vinculados al ocio u otros fines recreativos.

En las características propias de los viajes de cuidado (frecuencia, duración y distancia) se refleja igualmente una distribución desigual de la carga. En el barrio periurbano, el 67 % de las mujeres encuestadas indicaba realizar múltiples desplazamientos de cuidado al día (cifra que en los barrios céntricos se situaba en torno al 50 %), mientras que entre los hombres predominaba la realización de un único desplazamiento de cuidado al día. Asimismo, la duración del tiempo empleado en movilidad de cuidado era, de media, superior en las mujeres y con trayectos más largos que en los contextos céntricos. En el caso de los hombres del barrio periférico, un 66 % de los encuestados indicaba dedicar menos de 30 minutos al día, mientras que el porcentaje de mujeres que decía

dedicar menos de media hora diaria era mucho menor, representando solo un 25 %. La combinación de estas variables da lugar a un patrón de movilidad complejo, polifacético y poligonal que conecta trabajo remunerado, tareas cotidianas de cuidado y acompañamiento de personas dependientes. Uno de los factores clave que modelan estos patrones de movilidad es la persistencia de los roles de género tradicionales, que asignan a las mujeres una mayor carga de cuidados y dificultan la conciliación con otras actividades de la vida cotidiana (deporte, actividades de ocio o sociales). Otro aspecto distintivo es la mayor tendencia de los hombres a utilizar el vehículo privado, que se acentúa en edades más avanzadas; este comportamiento no solo responde a las diferencias en las responsabilidades de cuidado, sino que se ve agravado por un modelo urbano construido bajo ópticas androcéntricas, que prioriza la eficiencia del transporte motorizado vinculado a las tareas productivas frente a los desplazamientos cotidianos asociados al cuidado y a la vida doméstica.

Al comparar los patrones de movilidad de los barrios de Eirís y Montealto, se observa que, si bien los roles de género se mantienen de forma similar

en ambos contextos, se distingue el impacto significativo del entorno físico y de sus condiciones sobre la calidad de vida, en particular en lo que respecta a los cuidados y a su intersección con las diferentes esferas de la vida cotidiana. El menor acceso a los servicios públicos, las dificultades de accesibilidad y la dependencia del vehículo privado, sumados a la persistencia de una visión tradicional de género, suponen una carga incrementada sobre los hombros de las mujeres de los barrios periurbanos, así como sobre las personas que necesitan cuidados, lo cual refuerza las desigualdades estructurales. Esta combinación de circunstancias crea una situación en la que las mujeres de los barrios periurbanos se enfrentan a una movilidad más difícil, con mayor empleo de tiempo y recursos, lo que dificulta la conciliación de los múltiples aspectos de la vida. Mientras que los hombres, en general, aún se benefician de una movilidad más eficiente, las mujeres deben desenvolverse en un contexto urbano que no está diseñado teniendo en cuenta sus necesidades; este desajuste no solo dificulta la movilidad cotidiana, sino que contribuye a perpetuar las desigualdades de género en el acceso a la vida urbana y en la participación en ella.



Parada de autobús en el barrio de Eirís (A Coruña) cuyo mal diseño supone una barrera para la movilidad peatonal. Foto: Sara Vázquez.

Los bancos como elementos de la infraestructura social urbana.
Barrio de Eirís (A Coruña). 2025 Foto: Sara Vázquez.



No solo los condicionantes culturales y socioeconómicos tienen una implicación relevante a la hora de definir cómo se organizan los cuidados en estos barrios; las barreras, tanto físicas como transversales, que encuentran las personas que realizan tareas de cuidado en su movilidad suponen un obstáculo adicional. Estamos hablando de señalización deficiente, mala iluminación que genera mayor sensación de inseguridad, presencia de obstáculos, déficit de equipamientos en los barrios, ubicación inadecuada de las paradas de transporte público e incluso falta de espacio en las aceras para poder caminar cómodamente con carritos o acompañando. Todos estos elementos suponen una barrera tras otra para la movilidad cotidiana. Del mismo modo, la existencia de condicionantes transversales, como la falta de interseccionalidad y la escasa variedad en la oferta cultural o de ocio, así como la baja presencia de tejido colectivo o de acción local, implica una carencia de espacios seguros donde puedan expresarse y canalizarse las necesidades existentes.

Las ausentes del mapa

Los datos permiten identificar patrones y observar barreras, pero no explican por sí solos cómo se vive el cuidado en el día a día. Para comprenderlo, es imprescindible incorporar las voces de quienes sostienen la vida en los distintos territorios. En los discursos sobre movilidad del cuidado, el foco suele ponerse en los cuidados ligados a la infancia y, por tanto, en mujeres jóvenes dentro de la edad adulta, dejando en un segundo plano otras realidades igualmente centrales pero mucho menos visibles.

Las conversaciones con mujeres de distintos perfiles ponen de manifiesto una realidad conocida, pero pocas veces situada en el centro del debate: la de quienes cuidan desde el margen, sin reconocimiento, sin apoyos y sin capacidad real de elección. Estamos hablando de mujeres mayores que sostienen cuidados intergeneracionales, atendiendo tanto a los nietos como a los padres, y que no tuvieron acceso previo al empleo remunerado ni a recursos de movilidad, como el carné de conducir o un vehículo propio. En territorios donde todo queda lejos, esta falta de autonomía se traduce en aislamiento y vulnerabilidad. Esta es la

generación “sándwich” de los cuidados, formada por mujeres a las que no han llegado los cambios y que aceptan, con resignación, que cuidar es su trabajo desde edades tempranas y durante el resto de su vida. Es una realidad a la que el ámbito de los estudios territoriales de género aún no parece prestar la atención necesaria, obviando sus voces en el contexto académico y, en consecuencia, en las acciones políticas necesarias.

La necesidad de una mirada propia en cada contexto territorial

Abordar el estudio de la ciudad a través de una mirada que integre sus diferentes variables, entendiendo las relaciones entre ellas y comprendiendo sus interdependencias, facilitaría la creación de políticas de movilidad alineadas con las necesidades reales de la población, algo especialmente relevante en contextos menos estudiados, como los no urbanos. No se puede obviar la importancia de entender el conjunto de realidades presentes y darles voz. Es necesario comprender que las estructuras patriarcales afectan a todas las esferas de la vida cotidiana y en todos los contextos, y que los estudios territoriales y de movilidad, al ignorar esta realidad, han invisibilizado las experiencias de una gran parte de la población. En este sentido, conviene reconocer que todo está interconectado: la relación entre género y movilidad no puede leerse sin tener en cuenta el contexto territorial, y la planificación de este debe realizarse necesariamente incorporando la perspectiva de género.

Para maior información

- Sánchez de Madariaga, I. [Inés] e Zucchini, E. [Elena] (2020). Movilidad del cuidado en Madrid: nuevos criterios para las políticas de transporte. *Ciudad y Territorio: Estudios Territoriales*, 203, 89-102.
- Valdivia, B. [Blanca] (2018). Del urbanismo androcéntrico a la ciudad cuidadora. *Hábitat y Sociedad*, 11. <https://doi.org/10.12795/habitatysociedad.2018.i11.05>
- Vázquez, S. [Sara] (2025). *La movilidad del cuidado en los entornos periurbanos. El caso del barrio de Eirís en A Coruña* [Trabajo de fin de máster, Universitat Oberta de Catalunya].

NOTA SOBRE LA AUTORA

Sara Vázquez es arquitecta y urbanista formada en la ETSAC y en la UOC, y desde hace más de una década trabaja en proyectos de diseño urbano en los Países Bajos. Profundizó en su especialidad con un máster en Ciudad y Urbanismo, en cuyo marco elaboró una tesis centrada en la relación entre movilidad del cuidado y periferia. Su práctica e investigación giran en torno al desarrollo de ciudades y territorios más sostenibles e inclusivos.